

irte júrame que regresarás por mí, y que me llevarás a un lugar muy lejano y muy hermoso, en donde estemos solos tú y yo, y que me amarás eternamente, y que nunca me abandonarás, y que nunca me traicionarás, y que nunca me compartirás, y que nunca me engañarás, y que santificarás las fiestas, etcétera." "Te lo juro." "Abrázame muy fuerte." Él la abraza muy fuerte y ella le mete cinco balazos en la barriga. Entra el inspector Ruiz. Lo primero que dice es que desde un principio sabía que ella era inocente, y que en realidad la búsqueda la había hecho despacito para ver qué pasaba, con lo que se hace acreedor al premio del cretino más grande en la historia del teatro universal.

Nieves es una prostituta seria y decente, de esas chocantísimas que le cuentan a uno que la vez que quisieron pertenecer a un solo hombre, éste las traicionó. Le dice al asesino en el restaurante de la estación: "No creas que estoy contigo porque me sienta sola, o porque tenga miedo, sino porque desde el primer momento en que te vi te encontré muy atractivo." Lo cual no le impidió en el primer acto amenazarlo con la denuncia. Es cierto que él logró disuadirla con sólo decirle: "¿Sí? Denúnciame. ¿Quién va a creerte a ti, que no eres más que una... cualquiera?" Él es un hombre decente, pero al principio del segundo acto le confiesa a ella que hacía tráfico de drogas en combinación con el asesinato y que tuvo que matarlo, porque de alguna manera lo tenía agarrado. Lo cual significa que durante todo el tiempo, es ella la que lo tiene a él en su poder, y no él a ella, como creen Mihura, Nieves y el mismo asesinato, quien, si la obra estuviera bien escrita, sería la víctima y el héroe: tiene que matar a un canalla que lo tiene atrapado y, luego, cargar con una prostituta que sabe que es el asesino, que le hace el chantage sentimental más elaborado de que yo tenga noticia y que acaba por asesinarlo.

IRMA LA DULCE.

Si Mihura es imitación Simenon, que es como decir queso "imitación Kraft", Breffort y Monnot son imitación de Brecht y de Weill, que es decir otra cosa, pero no necesariamente mejor.

Mientras que Mihura se empeña en hacer creíble algo que es falso, los autores de *Irma la dulce* se las arreglan para presentar una verdad horrenda sin que el público se entere de que es verdad, ni de que es horrenda. Irma entra en un hotel que se llama El Rápido, y afuera se forma una cola de hombres, que van entrando y saliendo, conforme ella los despacha. Cualquiera que haya estado en una cola de ésas, real o metafórica, sabe que si de eso se hace un chiste, resulta no sólo un chiste sino un estudio biológico, psicológico y sociológico. Pues aquí no, aquí es un chiste *tout court*.

Irma tiene un amante: Polyte, *le Patron*, a quien abandona, nadie sabe a ciencia cierta por qué, cuando conoce a Néstor el puro. Néstor e Irma tienen un gran amor. Pero ella trabaja con más ahínco que nunca, y Néstor el puro es celoso. La solución parece estar en puerta cuando Néstor se encuentra tirados diez mil francos. Con levita, un

sombrerito plano, barba y anteojos, diciendo llamarse Óscar y aparentando más edad, busca a Irma y la contrata para que sea su amante única por diez mil francos diarios. Desde ese día Irma se acuesta con Óscar, cobra los diez mil francos y corre a acostarse con Néstor, a quien le entrega los diez mil francos. Como resultado lógico de estas actividades, tanto Néstor como Óscar van sintiéndose cada día más cansados. Irma, por su parte, empieza a enamorarse de Óscar, y Néstor vuelve a estar celoso, hasta que acaba por tirar al Sena la levita y el sombrero de Óscar. Resultado, lo aprehenden, lo juzgan y lo condenan a trabajos forzados por asesinato. Lo llevan a Cayena, de donde se escapa al enterarse de que Irma tendrá un hijo suyo para la Navidad. Cuando llega a París le han crecido unas barbas tan parecidas a las de Óscar que le permiten demostrar que Óscar no ha muerto, ergo Néstor es inocente.

Ahora bien, esta pieza, que como todo

buen musical se convierte en un caos a la mitad del segundo acto, tiene en el fondo una verdad, que no se puede enseñar porque el público saldría de estampida. Néstor disfrazado de Óscar dice: "He descubierto que (Irma) tiene mala memoria... para las caras." El público se ríe sin entender que la frase está mal dicha, porque en realidad lo que se acaba de demostrar es que Irma tiene mala memoria "hasta" para las caras.

A pesar del título, la obra tiene en realidad dos buenos papeles masculinos: el del narrador, Bob, que lo hace Pancho Córdoba (y Pancho Córdoba nostálgico de París es algo nauseabundo), y Néstor el Puro, que Julio Alemán hace sorprendentemente bien. Irma, que es la única mujer en la obra, más que personaje es el tema, y se habla tanto de ella, y se la alaba tanto, que no me imagino qué actriz pueda representarla sin resultar insignificante: probablemente María Victoria.

LOS LIBROS ABIERTOS

EXPLICIT: Roberto Ruiz, *Plazas sin muros* (novela). Ed. Andrea. Colección Los Presentes, núm. 81. México, 1960. 122 pp.

NOTICIA: Se trata de la primera novela de Roberto Ruiz, profesor de literatura española en una universidad norteamericana. Nació en Madrid hace 37 años y estudió en México, graduándose en la Facultad de Filosofía y Letras. Escribió sus primeros cuentos en *Presencia*, aquella digna revista que, hace doce o trece años, hacían Manuel Durán, Carlos Blanco, Tomás Segovia, José M. García Ascot y Ramón Xirau. Algunos de aquellos cuentos —recuerdo, especialmente, *Decepción*— eran de factura impecable. Tomó el grado de maestro con una tesis brillante sobre Saint-Exupéry (1952). Luego publicó un tomito de cuentos, *Esquemas* (Editorial Bajel, México, 1954), que, sin más, lo colocó entre los dos o tres buenos cuentistas jóvenes que nos dio la emigración política española. Marchó a Estados Unidos. Un verano reciente se trajo de allá un grueso manuscrito: novela mironiana muy trabajada, exponiendo con gran sensibilidad y empeño literario experiencias autobiográficas infantiles. Todavía está inédita. En 1960 publicó esta *Plazas sin muros* que hoy comentamos, al saber que Roberto Ruiz se ha traído este último fin de año, de su lejano profesorado, una tercera novela.

EXAMEN: Cuesta trabajo dar una visión de conjunto, definidora de los valores de esta novela. Porque, junto a 28 primeros capitulillos de gran calidad narrativa y de notable dominio literario, hay otros tantos —en la segunda mitad del libro— en que la acción desmaya y se pierde, la vivacidad estilística se descuida y los trazos maestros del comienzo parecen malograrse. La novela narra en su primera mitad la marcha agobiadora de un batallón de soldados españoles cruzando una áspera serranía. No se sabe si es tiempo de guerra o de paz. La incertidumbre del lector es también la

de los soldados. ¿Van a la guerra? ¿Empezará la lucha al cruzar aquel portillo? ¿O se trata solamente de una maniobra rutinaria? Conocemos tipos característicos pintados con gran economía, en la acción misma o en el soliloquio de la lenta y agotadora caminata. El paisaje extenuante, la incertidumbre del destino, los recuerdos premonitorios, y el envenenamiento de muchos soldados con el agua emponzoñada de un manantial, dan un clima bronco, tenso, épico —épica de la crueldad, de la futilidad y de la derrota humana—, en el que los personajes parecen ser la barbaridad del hombre y la arbitrariedad y esterilidad de la vida castrense. Pero cuando el batallón llega por fin al pueblo, todo el vigor narrativo de Roberto Ruiz se debilita al exponer la vida de cuartel, rancho, comunión, prostíbulo de pueblo y tasca. El relato se desparrama en mil hilillos desperfilados, como se pierde el agua de una canasta. Un final apresurado —la desertión de los tres hombres mejor trazados, al saber que el destino del batallón es la represión de una huelga minera— casi salva el hilo desmadrado de la narración. Pero ese sentido épico del comienzo no se recobra. Falta nervio e intensidad. Las situaciones son endebles y la apoyatura puramente formal es insuficiente. Y es lástima. La manera nerviosa, valleinclanesca, de breves —y aun brevísimos— capitulillos, conjugada con un muy apreciable dominio del lenguaje, empeñosamente enriquecido, denuncian al escritor terco, en perpetua lucha con las palabras, con el arte. Una sola observación sobre el estilo hay, que hacer a Roberto Ruiz: su exigente sentido del ritmo le hace caer frecuentemente en el verso. Le pasa lo que, según Unamuno, sucedía a Martí: que escribe versos sin querer. Sus descripciones van henchidas de endecasílabos y heptasílabos que, a veces, agobian. Quisiéramos que fuera esta primera novela de Roberto Ruiz parte de un plan de mayores vuelos. Los defectos aquí apuntados serían así mucho menores.

CALIFICACIÓN: Mediano.

—F. A.